José Pablo Feinmann

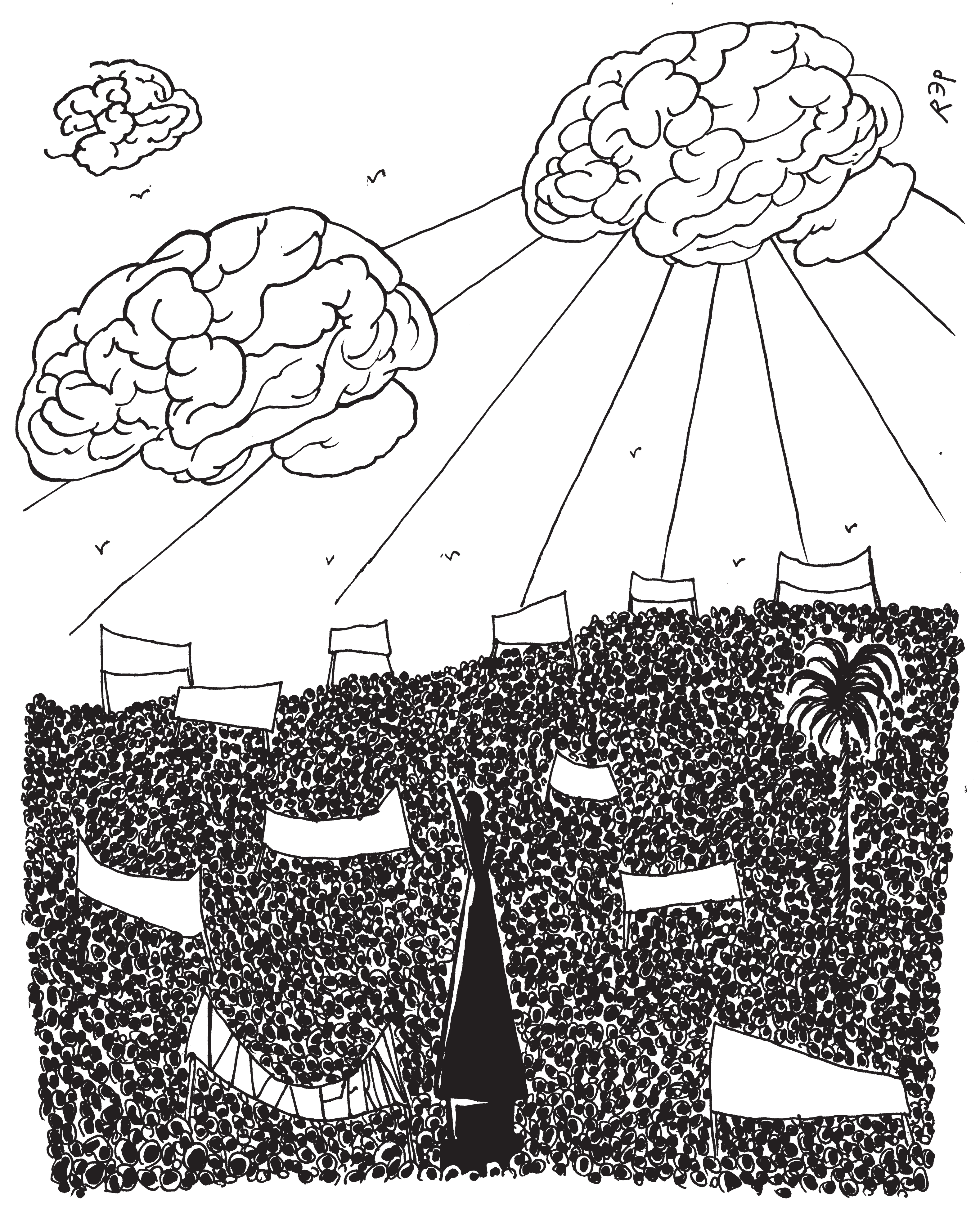
Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

2 PRIMERA PARTE

Hacia el primer gobierno de Perón

Las migraciones internas: Los "cabecitas negras" como sujeto político.



Suplemento especial de
Página/12

LA PALABRA "OBSTINACIÓN"

Si rondamos brevemente en torno de la palabra obstinación nos encontraremos con sus sinónimos. Rondar en torno de ella implica también una recurrencia al Diccionario. No es fácil librarse del Diccionario. Uno apela a él. Lo convoca. Y, a veces, le suplica. *Obstinación* proviene de *obstinare* (obstinarse). No avanzamos mucho. Suelo concentrarme más en los sinónimos que en las etimologías. Al contrario de Heidegger, o a diferencia de él. Será porque mis conocimientos de griego se encuentran a distancias siderales de los suyos. Hay motivos conceptuales: no encuentro en los griegos todo lo que Heidegger (que, como veremos, fue un pre-peronista, y no estoy bromeando) encontraba: la patria del pasado o, mejor aún, la patria del principio, ese principio que "aún es", según se lee en el *Discurso del rectorado*. Busquemos nuestra palabra por el lado de la eminente María Moliner. Se sabe: si de un Diccionario se trata, ahí tiene que estar la señora Moliner. Que dice (no de *obstinación* sino de *obstinarse*, que sería, por decirlo así, la *puesta en práctica* de la obstinación): "Sostener alguien una opinión, actitud o decisión a pesar de razones que deberían disuadirle". No es muy buena la definición. Carece de muchos elementos. Traslademos nuestra inquietud al *Diccionario Salamanca de la Lengua Española. Obstinación*: "Actitud de mantener una idea a pesar de las dificultades o de otras ideas contrarias". Está mejor. Una obstinación es, entre muchas otras cosas que veremos, mantener una idea a pesar de las dificultades para darle fundamento o a pesar de todas las objeciones que se le hacen. Y éstas son –más que a menudo– las ideas contrarias que a las obstinaciones oponen los obstinados por otras obstinaciones. De tal forma (insistamos en esto) esas "ideas contrarias" son, a su vez, obstinaciones que sostienen otros tan obstinados como aquellos que lo eran. Tendríamos una historia tramada por las obstinaciones. Nos vamos acercando. Acudamos ahora a los sinónimos. Ahondan en el tema. *Sinónimos de "obstinación":* persistencia, porfía, terquedad. El concepto de *persistencia* vamos a dejarlo establecido desde ya. Una obstinación expresa una persistencia de los hechos históricos. Una obstinación no es teleológica. *No expresa un sentido interno de la historia*. Pero puede señalar una *persistencia*. El peronismo es una persistencia en nuestra historia y esa persistencia ha sido fruto de la obstinación de los grupos políticos actuantes en ella. Que quede claro: no sólo los peronistas se obstinan en el peronismo. Muy especialmente lo hacen los antiperonistas. Hay grupos, series, clases y sectores de clases que encuentran su identidad en el antiperonismo. Ellos asumieron la palabra *gorila*. Que –veremos– no es una palabra peronista. O no lo es solamente. En unas elecciones legislativas que dio Frondizi, los grupos de la Libertadora se presentaron bajo el lema: "Llene de gorilas el Congreso". Y se veía a unos abultados, corpulentos gorilas marchando hacia el Congreso. Los otros sinónimos nos entregan matices más cercanos a la pasión de los protagonistas, de los *obstinados*, que conceptos que puedan aplicarse a la historia: obsesión, testarudez, cerrazón y hasta chifladura, fanatismo y, desde luego, sectarismo. Pero: ¡grave error! (Tan grave como para señalarlo con signos de admiración, al modo de los viejos libros.) ¿Acaso no es la historia la historia de la pasión de sus protagonistas? Sí: la historia no es la historia del Ser, no es la historia de las fuerzas productivas, ni de las relaciones de producción, ni de las tramas de la estructura, ni del poder, ni de la resistencia al poder, menos aún es la historia del lenguaje, de los signos, de los significantes. O, en todo caso, no es eso *solamente*. La historia (aquí, para nosotros, y a los que no les guste pueden dejar ya este texto pero sepan que se perderán una de las historias más fascinantes de América latina) es todo lo que dijimos que no es pero sostenido, fundamentado por aquello que *esencialmente* creemos que es: la historia de los proyectos antagónicos por medio de los que *pasionalmente* se enfrentan los hombres, a medida que la hacen y son hechos por ella.

LA OBSTINACIÓN EN TANTO PASIÓN DE LA HISTORIA

Es entonces el momento de hablar de la pasión. Esta *obstinación* que venimos rastreando es pasional. Si *obstinación* se encuentra en su sinonimia con *obsesión* es porque ambas palabras, entrecruzadas, nos entregan al universo tormentoso de lo pasional. Pensar en Hegel no será –aquí– ocioso. Si todo lo grande se hace en la historia con pasión no podríamos negar que esta *obstinación argentina* debe leerse también como una *pasión argentina*. Ya veremos en el trazado de este relato colmado de estallidos, gritos, cánticos, bombas y cadáveres –incluso de cadáveres ultrajados, de un culto a la necrofilia como es difícil encontrar en otros ámbitos–, de este relato de fogosidades raramente contenidas por una racionalidad que funcionó más para la destrucción que para la construcción de la felicidad de un pueblo, relato que edificó enormes esperanzas, una, por ejemplo, *patria de la felicidad* que se destrozó luego entre el odio de enemigos inconciliables, un exceso de pasión, una pasión sobreactuada que se extiende desde los discursos postreros de Evita hasta la poética macabra de las zanjas camino a Ezeiza, generosas para cobijar cuerpos acribillados, desde los basurales de José León Suárez, desde esa matanza que narró Walsh hasta las pinturas candorosas de Daniel Santoro, con el Pulqui que sobrevuela la Ciudad de los Niños pero con la Evita castigadora, que le pega al niño gorila y al niño marxista-leninista, hasta el final del Perón de Favio, donde la mitología del líder lleva a confundirlo con un Moisés bíblico-militar ante quien las aguas de un océano caudaloso, incansable, se abren para permitirle su caminar sabio, fatigado pero inmortal, con el peso de la Historia sobre sus espaldas y el peso también del deber cumplido, hacia la Casa Rosada, lugar que le pertenece, en el que Él debe estar, dado que si Él está ahí, ahí está el Pueblo, y la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación. Todo eso.

Lo que nosotros estamos proponiendo es una obstinación argentina. Pertenece a los peronistas en la modalidad de la adhesión. A los antiperonistas en la modalidad del rechazo. Con el paso del tiempo esa obstinación (insistimos: una *obstinación nacional*, no sólo peronista) se ha alimentado con aquellos sectores o grupos o agentes políticos cuya praxis se acerca al peronismo por encontrar en él el *espacio de la política*. Esto se expresaría diciendo: *No se puede hacer política fuera del peronismo*. En las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Cristina Fernández todos o se definían como peronistas o manifestaban su adhesión a sus figuras tutelares: Perón y Evita. La candidata de la Coalición Cívica, pese a nuclear el voto más antiperonista, se vio obligada a declarar su admiración por Perón y Evita. Un ex ministro de Economía, Lavagna, se erigió, en uno de sus discursos, en custodio de la pureza peronista. Ahí está: lo vemos blandiendo una foto de Perón y denunciando a los que quieren "vaciar" al peronismo por izquierda y por derecha. Rara afirmación. Para decir, en el siglo XXI, que el peronismo está siendo vaciado habría que definir antes *cuál es su contenido*. O por decirlo de otro modo: *de qué está siendo vaciado*. Tarea áspera, amarga si las hay. Otro político (Mauricio Macri, que pasó de ser un Isidoro Cañones de los boliches de los noventa a estadista de la "culta Buenos Aires" en el nuevo siglo, asombroso derrotero) es un peronista de pura cepa: presidente de Boca Juniors, populista, visitante algo patético pero no por ello menos entusiasta en su estética nac & pop de barrios laterales como Villa Lugano, con nenita oscurita y pobre incluida en foto incómoda), hombre capaz de hacer negocios y tratos o convenios políticos de coyuntura con quien se le aparezca, es, sobre todo por este último factor, un neto, purísimo peronista. En suma: hoy el país está inmerso en la obstinación peronista. Pero ya no se trata de testarudez, sectarismo, fanatismo. El peronismo es lo menos sectario que hay. Si usted quiere ser peronista o militar en sus filas, si usted quiere hacer en ese espacio-poder buenos negocios, lanzarse a la arena política, dialogar con hombres influyentes, el peronismo lo recibirá. No es una "chifladura". Al contrario, es el exceso de la *Realpolitik. El exceso de "peronismo" que se detecta en nuestra sociedad está en relación directa con el defecto de ideas, de ideologías diferenciadas, de proyectos nuevos*. La modernidad nacional popular del '45 y el posmilenio supramoderno del siglo XXI se conjuran en el peronismo. De él pueden salir desde un plan de viviendas populares hasta un pacto con los demócratas del Norte, que acaso exija la aprobación de la política exterior norteamericana (léase: permanencia en Irak o ataque nuclear restrictivo a Irán). De él puede esperarse una relación estrecha con Evo y hasta con Chávez. Una cooperación elegante con Bachelet. O medidas osadas en derechos humanos. ¿Distribución del ingreso, aumento de los subalternizados (los pobres) en el producto bruto interno, erradicación nacional de la pobreza extrema, plan intensivo de alfabetización declarado previamente "causa nacional"? No se lo ve empeñado en eso a este peronismo. Tampoco a ningún otro grupo político. Lo cual es obvio dado que *todos los grupos políticos*, de una u otra manera, participan hoy del espacio peronista para hacer política y ninguno, ni por asomo, se propone ir más allá en estas cuestiones. Al contrario.

¿Es la obstinación un *enigma*? Sí, en la medida en que el peronismo lo es. No es que desconozcamos cosas sobre él. Por el contrario: sabemos demasiadas. Esta sobreabundancia de hechos (de hechos de todo *signo ideológico*) es la urdimbre enigmática del peronismo. ¿Por qué tantos se obstinan en una *cosa* a la que dan el mismo nombre, a la que llaman de la misma manera o de la cual recuperan la misma historia a la que suelen envolver en algo tan vaporoso como lo nacional, o lo popular, o lo nacional popular. (Sus enemigos, que van y vienen, acuden con frecuencia al concepto de "populismo", de compleja definición a fuerza de lo excesivo, del manoseo y hasta de cierto matiz despectivo, elegante o clasista con que se presenta.) Como *hecho histórico* la obstinación es agente de dinamización y consolidación. Consolida una identidad pero la obstinación por consolidarla lleva a acciones con frecuencia beligerantes. Si la historia surge del antagonismo amigo-enemigo no hay como dos obstinaciones para entregarla al vértigo. La obstinación puede también instituirse, hacerse dogma. La obstinación se transforma en un *corpus*, el corpus en *dogma* y el dogma en *verticalidad y autoritarismo*. En 1973, en su discurso del 21 de junio, Perón declara la *etapa dogmática*: congela la doctrina. Congela la obstinación, que había tomado un camino guerrero que el líder quería frenar. Veremos que no pudo. La obstinación establece linealidades en la historia pero *no es una linealidad*. La filosofía política del peronismo –aunque la señalemos como una "obstinación argentina"– no es una linealidad. Hay, en ella, quiebres, rupturas, obstinaciones diversas, diferenciadas, bélicas, insurgentes y contrainsurgentes. La obstinación es identidad pero al obstinarse tanto en "algo" (el "peronismo") es también la ausencia de ella. La obstinación podría acaso darnos el sentido de la historia política argentina. Pero el peronismo se ha vaciado. Durante años lleva entregándonos más una ausencia de sentido que una presencia. Es un significante que no significa. Significa tanto

que no significa nada. Es –como bien dice Ernesto Laclau en una definición ya célebre– un *significante vacío*. Mientras vivió, lo llenaba Perón. Y ni siquiera vivo lo llenó. Ya que luego de Ezeiza los significantes se multiplicaron. Que el peronismo pueda serlo todo nos remite al último rostro de la obstinación: la obstinación como enigma. ¿Por qué tantos se obstinan por algo que ya no saben decir qué es? Porque en esa *poderosa indefinición* el peronismo se da el lujo de *serlo todo*. De contener en sí todas las obstinaciones. Parte de esa obstinación es este libro.

LOS MIGRANTES: EL NUEVO SUJETO POLÍTICO

La Argentina de 1943 era próspera y se mantenía alejada de las tormentas bélicas que sacudían a los europeos. La prosperidad había surgido de esas tormentas, como un fruto inesperado de ellas. Se suele decir: *Crisis en la metrópoli-prosperidad en la colonia*. O se solía decir. Como sea, lo que el esquema interpretativo dice se centra en que Argentina era una colonia o –sin duda– una *semicolonia*. Esto es parte del vocabulario nacionalista. Que, a esta altura, era el vocabulario que habían pulido los hombres de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Estas cosas debieran ser largamente conocidas pero sabemos cuánto se ha retrocedido y sobre todo hasta qué punto el pensamiento del nacionalismo argentino ha sido sofocado desde la dictadura militar y, muy especialmente, desde el surgimiento de la democracia. Si un joven de hoy supiera que el radicalismo levantó las banderas del nacionalismo popular se sorprendería. ¿Alguna vez el radicalismo habló de patria, colonia, coloniaje, imperialismo, soberanía popular, soberanía nacional? ¿No es ése el lenguaje pedestre y vulgar del peronismo populista? ¿No sabemos desde Alfonsín en adelante y desde las cátedras que respaldaron su gestión que la patria es la república, el pueblo el ciudadano, el Estado autoritario y toda la otra jerga cosa de peronistas nostálgicos? No, y no podemos detenernos mucho en esto ni siquiera solucionarlo: se ha avanzado en exceso y posiblemente sea ya tarde, imposible o –lo peor– innecesario. Si alguien quiere saber un par de cosas sobre ese grupo de *jóvenes radicales* (todos antipersonalistas, antialvearistas, yrigoyenistas) puede leer algún libro de Hernández Arregui o Arturo Jauretche. Ahora –luego de la fiesta democrática o la fiesta menemista– han aparecido (otra vez) algunos. Volvemos: hablábamos de la prosperidad argentina de 1943. Durante la década del treinta alguien –célebremente– había dicho que la Argentina era la joya más preciada de la corona británica. Cuando la corona británica vive estragada por la guerra, la joya más preciada tiene que abastecerse a sí misma. A esto se le llama "sustitución de importaciones". Se sigue exportando hacia la metrópoli en desdicha lo que ya se exportaba y no hay otra salida más que incurrir en una política industrialista. Fabricar en casa lo que nos venía de afuera. A esto –dijimos– se le llama sustituir importaciones. Todo proceso de producción genera empleos, dado que necesita obreros. Los obreros trabajan y cobran sus sueldos. Con esos sueldos consumen, algo que no sabían. Al consumir aumenta la producción fabril. Esa producción tiene asiento en las ciudades. Las que empiezan a llenarse de fábricas. Los peones del interior reciben la noticia. Hacen su bagayito y se van para la ciudad. Llegan y encuentran trabajo en seguida. La industria le quita hombres al campo. Nacen las primeras villas miseria. Pero son fruto de un desarrollo que beneficia a los nuevos obreros. Ya tienen trabajo, pronto tendrán hogar. Por ahora, la villa. Pero hay un horizonte: lo dibuja el humo de algunas chimeneas, el ruido de los tornos, el rechinar de las máquinas. Avellaneda, Munro, Berisso, ¡cuántos tallercitos aparecen por ahí! El tallercito crece y es ahora una fábrica. Los obreros ganan su dinero y de a poco salen de la villa hacia una vivienda escueta pero digna y siempre provisoria, porque el trabajo tiene eso: le da al obrero la certidumbre del futuro, el esfuerzo dará sus frutos. Esto venía ocurriendo desde al menos 1935. Cada vez con mayor intensidad. La década –políticamente– era ultrajante, una burla a los derechos civiles de los pobres. Era la década del fraude conservador. De los caudillos comiteriles. De Alberto Barceló. De Juan Nicolás Ruggiero (*Ruggierito*). De los que les decían a los humildes: "Vos ya votaste". Alguien le puso un nombre que perduró: *Década infame*. Ahí surge FORJA. Los jóvenes radicales. Buenos tipos, talentosos: Homero Manzi, Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche. Sin estar en FORJA, desde otras zonas, Roberto Arlt y Enrique Santos Discépolo narraron esos tiempos. La cuestión es ésta: previa al golpe de 1943 la Argentina se ponía próspera, había trabajo, nacían industrias y –¡aquí viene el sujeto!– un proletariado nuevo, joven, hecho de hombres que habían apenas dejado atrás la vida triste del peón, llegaba a las ciudades. Era los *migrantes internos*. Los que Eva Perón habrá de llamar "mis grasitas". Los que serán apodados "cabecitas negras". Por el pelo negro, cortón y áspero. Los tipos de las zapatillas. No tienen experiencia sindical alguna. ¿Quién habrá de darles cobertura política? ¿Quién los descubrirá como lo que eran: el sujeto nuevo de la nueva sociedad argentina? ¿Qué interpretación de la historia nacional e internacional era necesario poseer para poder *verlos*? Porque se trataba de eso: de verlos. Como en el arte, como en la narrativa o la pintura o la música se trata de eso: de ver lo nuevo. A veces, en el arte, ver lo nuevo es ver que no hay nada nuevo, que la vanguardia es insistir con lo que ya está porque aún restan ahí posibilidades inéditas. Pero, en la Argentina de 1943, había un nuevo sujeto. Nada menos que eso: *una clase social reclamaba un nuevo protagonismo*. Requería que alguien viera que estaba ahí, que había llegado del campo, que había llenado las villas, que había salido de ellas, que llenaba las fábricas, que consumía, empezaba a ir al cine, a comer mejor, a vestirse con alguna dignidad. Era el joven proletariado. Los migrantes internos. *No sabían nada de la guerra europea o, si lo sabían, no les importaba*. No entendían qué era eso. Europa era lo infinitamente lejano. Si alguien les decía "Europa" casi no tenían a qué referir la palabra. Sabían algo: ellos no



eran "Europa". "Europa" podía ser, acaso, la riqueza, lejanamente la cultura o el abecedario, el saber leer. Y era "la guerra". Algo que apenas podían imaginar. Buscaban sobrevivir. Habían dado el primer paso: escaparle al patrón de la estancia feudal y expoliadora. Llegar a la ciudad. Y, para colmar la dicha, trabajar. Apenas sabían que había, para ellos, sindicatos. Que tenían derechos políticos. Que, en algún momento, deberían votar. Nada de esto los atraía. No encontraban "dónde" poner esas cosas. No encontraban un partido político que los convocara, que supiera hablarles. Los sindicalistas tradicionales tenían para ellos las únicas palabras que tenían y que honestamente les entregaban, pero esas palabras eran tan tradicionales como ellos. "Socialismo", "comunismo", "anarquismo" no decían mucho para un cabecita negra del '43. Tampoco la palabra "líder" les era cercana. Eso fue, sin embargo, lo que encontraron: un líder. También el líder los encontró a ellos. Porque los buscó.

LOS DEL GOU

El 4 de junio es el día del golpe militar. Ese Ejército que sale a las calles tiene unos cascos que (sobre todo vistos desde hoy, en algunos noticiosos de la época) apestan de tanto que se parecen a los de los soldados alemanes. Era así: esos militares nacionalistas se habían educado con los textos de los grandes teóricos prusianos de la guerra. Sobre todo con Karl von Clausewitz, a quien también leerán minuciosamente los Montoneros, sobre todo en la peor etapa de su extravío: entre 1975 y 1980. Falta mucho para esto. Clausewitz nace en 1780 y muere en 1831, el año en que muere Hegel, Rector de la Universidad de Berlín para entonces, el gran cuadro intelectual de Federico Guillermo de Prusia. Clausewitz había leído al maestro de Jena y había estudiado las batallas de Napoleón. Nació en el momento justo. Dirigió la Escuela Alemana de Guerra. Escribió el voluminoso *Sobre la guerra*, cuya influencia en el campo de la estrategia y la táctica guerreras es inabarcable. Dijo que cualquier consideración de humanidad volvería a cualquier ejército más débil ante un enemigo más sanguinario. "¿No matarás?" El hombre no sólo mata sino que hace del supremo arte de matar –la guerra– una ciencia que se enseña en las academias militares. (*Nota:* Acaba de aparecer, editado por la Universidad de Córdoba, un grueso volumen que recoge todas las polémicas que giraron alrededor de una Carta inesperada, un grito sin esperanzas del filósofo Oscar del Barco. La Carta de Del Barco se refiere a la guerrilla de Jorge Ricardo Masetti, quien, al frente de un grupo de no más de veinte milicianos creó, bajo la inspiración del Guerrillero Heroico, Ernesto Guevara, un foco guerrillero en el monte salteño, bajo el nombre de Ejército Guerrillero del Pueblo. No hicieron ningún operativo, salvo que Masetti ordenó fusilar a dos jóvenes integrantes del grupo. Se habían quebrado, no daban más. Los mataron por cobardía. Del Barco escribe una Carta a la revista cordobesa *La Intemperie*. El planteo es extremo. Todos los que apoyaron las acciones guerrilleras en el país y en el continente son responsables de esas muertes, hayan o no hayan empuñado armas. Aclaremos: no de las muertes de los jóvenes que ordenó Masetti, sino de *todas* las muertes de los grupos guerrilleros. La Carta –editada en el libro *No matar*– parece el delirio culposo de un hombre abrumado: Del Barco anda por los ochenta años. Propone un imposible: "No matarás". Sabe que es un imposible pero sabe que es el único principio de una actitud responsable frente a la vida del Otro. Apela a Levinas. En su momento –en medio de esta historia de muerte en que se irá convirtiendo el peronismo hasta llegar a los picos de 1974/1975– nos ocuparemos de esa polémica. No se puede hacer una reflexión o una filosofía política del peronismo si no se asume el tema de la muerte violenta, de la muerte a manos de Otro. La recurrencia al pensamiento de Emmanuel Levinas se hará también insoslayable.) De esa ciencia se nutrieron los hombres del golpe del '43. También leían a Colmar von der Goltz que, incluso, solía venirse por aquí. Autor de *La nación en armas*, hay una foto que lo muestra cuerpo a tierra junto a soldados argentinos, ensuciándose el vistoso y ultracondecorado uniforme prusiano pero formando a ese ejército pro germánico y joven.

El 4 de junio cae el proyecto oligárquico y probritánico del fraude: se pensaba imponer como Presidente a Robustiano Patrón Costas. No: los milicos salen a la calle y toman el poder. ¿Quiénes eran? Habían abandonado el proyecto que encarnara en la década anterior (ésa a la que José Luis Torres llamó "infame") el general Manuel A. Rodríguez, ministro de Guerra de Justo. Un tipo, Justo, que siempre sonreía. Un gordito con pinta de general sosegado que veía una cámara y decía "cheese" o "whisky". Osvaldo Bayer dice que cuando a él le sacan una foto y quiere salir sonriendo dice: "anarquía". Para sonreír es lo mismo, pero sólo para eso. El general Manuel Rodríguez solía declarar cosas como ésta: "Desgraciado el país en que los militares puedan expresar sus ideas políticas; en él habrá de concluir la disciplina del Ejército". (*Nota:* Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-46)*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1968, p. 241.) Rodríguez pasa a la historia como "El hombre del deber". ¿Cómo no iba a ser fiel un liberal a los militares liberales si eran éstos los que gobernaban? Una farsa.

Nada que ver con el profesionalismo los oficiales del GOU. Ya que estamos: ¿qué significa GOU? Si lo dijimos, lo decimos de nuevo. La definición más usual es Grupo de Oficiales Unidos. Pero es demasiado sensata. La mentalidad germano industrialista y la tendencia al exceso de muchos de sus integrantes torna más verosímil la que propone Carlos Fayt en *La naturaleza del peronismo* (libro prescindible, avejentado): Grupo Obra de Unificación. Me inclino por la imperativa que propone Puiggrós en *El peronismo: sus causas* (creo que se ha reeditado recientemente: es un libro que conserva su valor): ¡Gobierno! ¡Orden! ¡Unidad! Los oficiales de escuela prusiana vivían entre signos de admiración. Imponen la violencia expresiva de las órdenes. "¡Atención soldados!" O si no: "¡Avancen sobre el enemigo!" (Que no es tal: son otros grupos de soldados que juegan a ser el enemigo: cuando el Ejército Argentino, no el nacionalista sino el mayormente liberal y genocida de la "guerra sucia", se encontró con un enemigo "en serio" –Malvinas– no se caracterizó por el valor ni la eficacia. Más bien sacrificó a sus tiernos, inexpertos, jóvenes soldados, muchachos de las provincias en su mayoría, cuyas vidas –en doloroso número– arruinó, conduciendo a muchos, a más de doscientos, al suicidio, a morir o a vivir con el dolor de una guerra sin gloria, una maniobra de una Junta malherida, desesperada y retirándose malamente, ensayando su último manotón de ahogado para legitimar un gobierno criminal que se caía irremisiblemente.) Volvamos a los soldados del GOU. Sus apellidos asombraron a la oligarquía cuando salieron a la luz: Ramírez, Farrell, Perón, Mercante, González. ¿Quiénes eran? "Eran los hijos de los inmigrantes de la laboriosa clase media yrigoyenista que los había introducido a la vida militar buscando la ansiada meta del ascenso social. Habían participado del golpe del '30, habían padecido los años de Justo, eran católicos, nacionalistas, simpatizantes del Eje más por formación profesional que por real identificación política" (JPF, *El peronismo y las Fuerzas Armadas*, revista *Envido*, Nº 9, mayo de 1973, p. 8). Los había enfurecido la defección de Uriburu, su traición incluso. Habían escuchado arengas de Carlés, discursos de Lugones y Carlos Ibarguren. Habrán incluso, el 6 de septiembre de ese año de 1943, de festejar el golpe del '30. Se sentían sus herederos.

EL CORONEL Y SU BERRETÍN CON LA CLASE OBRERA

Había entre ellos un tipo raro. No tenía el berretín de la siderurgia como sus compañeros de armas. Los hombres del GOU, en efecto, eran industrialistas. Buscaban la industria pesada. Se morían por los Altos Hornos. El tipo raro, no. Su berretín era la clase obrera. Los migrantes internos. Los negritos que llegaban sin cesar a la ciudad. Cuando sus compañeros le preguntaron qué quería contestó algo que sorprendió a todos: el Departamento de Trabajo, pronto trastrocado en *Secretaría de Trabajo y Previsión*. Los del GOU se asombraron y hasta sonrieron con cierto desdén: ¿qué le dio a Perón? (Así se llamaba el tipo raro; que era raro, desde el vamos, por el puesto que pidió.) ¿La Secretaría de Trabajo y Previsión? ¿Y qué podía hacer desde ahí?

Hablar con los migrantes. Saludar a los negritos. Sonreírles. El coronel tenía una sonrisa que ni la de Gardel. Cincuentón, pintonazo, entrador. Usaba un lenguaje pintoresco. Rosas le explicaba a Santiago Varela, representante del Uruguay, que se había tenido que hacer gaucho para ganarse el favor de esa clase, de esos hombres de la pampa. Perón les pone el cuerpo a los obreros. Les habla con palabras de ellos o decididamente nuevas. O no tanto: venían de FORJA, del radicalismo antialvearista. Dice *Década Infame, cipayos, vendepatrias, semicolonia, explotación*. Llama *compañeros* y *muchachos* a sus amigos, *contras* a sus enemigos, *bolichero* al comerciante, *peliagudo* a lo difícil, *queso* a lo que ambicionan los políticos, *cuento chino* a la mentira, *pan comido* a lo fácil, *bosta de oveja* a lo indefinido.

La situación es así: tenemos que analizar el *proceso de construcción de poder* al que se entrega Perón. Aquí, las categorías de "bueno" o de "malo" son insustanciales. Se trata de un análisis despojado de juicios morales. Los actores sociales de esa coyuntura histórica eran los siguientes: *A) La oligarquía*. Era aliadófila. La aliadofilia fue el gran obstáculo para descubrir al nuevo sujeto político de la etapa. Ser aliadófilo era mirar hacia Europa. La suerte del entero mundo se jugaba ahí: las democracias occidentales enfrentaban al Eje y de su triunfo dependía el futuro de la Humanidad. La oligarquía, además, no necesitaba *descubrir* al nuevo sujeto político. *Lo había explotado en sus estancias*. Ahora se le aparecía en las ciudades. Fue –como más tarde se dijo– un *aluvión*. Traducido al presente, a nuestra historicidad de hoy, a la oligarquía de los cuarenta le pasó lo que quieren evitar los porteños de hoy: que la chusma se les venga encima. Y no sólo los porteños: los ciudadanos de las grandes orbes del mundo también. Los parisinos que eligen a Sarkozy le requieren dureza con los musulmanes (aunque tengan tres generaciones de franceses detrás), dureza con la *Banlieue*, con la periferia, con la negritud que los rodea, con la barbarie. También el Muro de Bush cumple esa función: que los desastrados del mundo no vengan a comer de nuestro propio plato. Hay un temor de las ciudades y es un temor viejo, añoso: la invasión de los bárbaros. La oligarquía de los cuarenta mal podía elegir a sus peones súbitamente urbanizados como su sujeto político porque los odiaba. Los recibía con temor. Habría deseado mantenerlos bajo la égida del capataz, comprando víveres en el almacén de sus patrones, no con dinero sino con vales, con indignas papeletas. Ahora estaban aquí. Les violaban la ciudad. Esta oligarquía era, además, racista. Para la "negrada" sólo tenía un desdén patronal y racial. Desde esta óptica –aunque, es cierto, Perón trajo a muchos nazis– el peronismo careció del elemento esencial del nacionalsocialismo: el racismo biologista. El que recibió al "diferente", al racialmente detestado, denigrado, fue Perón. No le molestó la "negrada". La Sociedad Rural, en cambio, se comportaba con ellos como Alfred Rosenberg con los judíos. En agosto de 1944, ante una consulta que sobre salarios le hace la Secretaría de Trabajo y Previsión, responde: "En la fijación de salarios es primordial determinar el estándar de vida del peón común. Son a veces tan limitadas sus necesidades materiales que un remanente trae destinos socialmente poco interesantes. Últimamente se ha visto en la zona maicera entorpecerse la recolección debido a que con la abundancia del cereal y el buen jornal por bolsa, *resultaba que con pocos días de trabajo se daban por satisfechos, holgando los demás*" (*Nota: Anales de la Sociedad Rural*, agosto de 1944, cursivas nuestras). En resumen: al *nuevo sujeto* que asomaba en la escena política de la urbe portuaria la oligarquía creía conocerlo bien: venía del campo, era racialmente inferior y apenas juntaba unos pesos se dedicaba a la holganza. Un pésimo encuadre para captar su adhesión.

PRÓXIMO DOMINGO

PRIMERA PARTE
Hacia el primer gobierno de Perón
Perón, un estudio sobre la construcción de poder